

« [La porfiada](#)  
[Otra vez lo mismo](#) »  
 :: [El libro en la pizarra](#) ::

## Un padre difícil

21-02-2014 | [Francis Scott Fitzgerald](#)

La hija de Scott y Zelda Fitzgerald, Scottie Lanahan escribió este prólogo a *Cartas a mi hija*, reciente lanzamiento de Alpha Decay.



En mi próxima reencarnación es posible que no me apetezca volver a ser la hija de un Escritor Famoso. El trabajo incluye un buen sueldo y también algunos extras, pero las condiciones laborales resultan demasiado peligrosas. La gente que vive por entero de la fertilidad de su imaginación es fascinante, brillante y a menudo encantadora, pero es preferible tenerlos por compañeros de mesa en una fiesta a tener que convivir con ellos. Imaginad que vuestra felicidad depende de un Bernard Shaw o de un Somerset Maugham, y no digamos de alguna estrella actual como Norman Mailer. Tengo la impresión de que la única gente igual de insufrible que los escritores son los pintores.

Llevo mucho tiempo intentando explicármelo y he recopilado unas cuantas respuestas provisionales. En primer lugar, supongo que es imposible formarse el hábito de inventar personas, construirlas, destruirlas y manejarlas como muñecas de papel sin hacer en cierto modo lo mismo con la gente de carne y hueso. En el fondo, los buenos escritores son sabuesos empeñados en revelar la condición escandalosa del alma humana. Su tarea consiste en arrancar el barniz que cubre a situaciones y personalidades. El resto de nosotros aceptamos a nuestro prójimo tal y como se nos presenta y nos tragamos lo que no podemos aceptar.

Los escritores no pueden actuar así: tienen que pinchar, entrometerse, preguntar, cuestionar, dudar y desafiar, todo lo cual exige un surtido constante de víctimas frescas y experiencias renovadas. En segundo lugar, no hay nada que uno pueda hacer para ayudar a un escritor. El presidente de una compañía puede contratar a un adjunto a la dirección; un abogado puede contratar a un secretario; incluso un ama de casa puede aligerarse de hasta un setenta u ochenta por ciento de sus tareas. El desdichado escritor no puede recurrir a nadie que no sea él mismo hasta concluir su trabajo, cuando podrá llevarlo a un editor que le demostrará que tiene que reescribirlo de arriba abajo, y solo.

El escritor no puede decir: «Eh, Mary, conoces este tema tan bien como yo, anda, sé buena y terminame este párrafo, por favor». Tercero, a los escritores de éxito, como a cualquier otra persona que conozca el éxito, se les malcría y consiente todo. Al mismo tiempo, están a salvo de la vara de la disciplina, tan común en otras profesiones. Un senador tiene que enfrentarse a los periodistas, saludar a miles de electores, aguantar cenas de gala tan abrasivas como un Sahara sin vistas, lejos de una palabra amable o de una copa de vino. Una actriz debe acudir a su cita con el escenario o el plató, cuidar de su imagen, memorizar sus diálogos. El desdichado escritor es libre de hacer lo que le venga en gana; si le apetece emborracharse, ¿quién lo va a despedir? Entre él y el desastre, sólo se interpone el acreedor.

Reverenciado y mimado, tiene que sentarse a su escritorio todos los días, solo, sin pautas ni directrices, como si no hubiera conseguido nada en toda su vida. A quién puede asombrarle que no esté lisonjero ni alegre cuando emerge, a menudo derrotado, de la batalla. Así pues, no me sorprende ni enoja que mi progenitor se convirtiera en un padre difícil. Me regaló una infancia dorada, que es todo lo que una puede pedir. En compañía suya, no recuerdo ni un momento que no fuera de felicidad y gozo, hasta que el mundo se le empezó a venir encima, cuando yo tenía unos once años. Pero desde el momento en que la primera de las cartas de esta antología fue escrita, la primera vez que me fui de campamentos, hasta su muerte en 1940, que cerró oportunamente la era anterior a la Segunda Guerra Mundial, porque mi padre siempre había acomodado su vida para que coincidiera con la del país, casi lo único que recuerdo son los sinsabores que se reflejaban en nuestras relaciones: la enfermedad incurable de mi madre, los problemas de salud de mi padre, sus problemas de dinero y —lo más duro de todo, creo— su eclipse literario. Durante su último lustro de vida, mi padre no habría podido comprar un libro suyo en una librería y, si lo hubiera pedido, la vendedora le habría devuelto una mirada perpleja por toda respuesta.

No soy una persona sentimental, pero una vez, hace unos años, cuando entré en una librería de un pueblo perdido y vi todo un anaquel con títulos de F. Scott Fitzgerald, tan cómodamente instalados como si fueran las obras de Shakespeare, me eché a llorar. Una mujer enferma, la pobreza, la mala suerte... todos tenemos que enfrentarnos a algunos de estos reveses y papá al final también colaboró lo suyo en todo aquel sufrimiento.

Pero la parte literaria era injusta; Dios había jugado una de esas bazas que pueden hundir hasta a la persona más valiente. Se han contado tantas cosas sobre él que, parafraseando a Dorothy Parker, no me sorprendería ni una pizca que todas las resmas de papel sobre F. Scott Fitzgerald pudieran cubrir el Atlántico de costa a costa. Edmund Wilson, Arthur Mizener, Sheilah Graham, Andrew Turnbull, Malcolm Cowley, Vance Bourjaily, Arnold Gingrich, Dan Piper, Matthew Brucoli, John Kuehl, Glenway Wescott, Morley Callaghan, Burke Wilkinson, por no hablar del señor Hemingway, con sus tremendos puñetazos contra el cuerpo tendido en la lona, o las docenas de estudiosos que han escrito tesis doctorales y han publicado artículos en revistas grandes y pequeñas, o Budd Schulberg, quien se hizo rico con la descripción fotográfica de mi padre en su peor momento, lo han puesto por escrito mucho mejor de lo que podría hacerlo yo.

La única novedad que puedo aportar es hablar un poco sobre mí. No fui una adolescente perspicaz y, de hecho, fui seguramente más egocéntrica de lo normal. Pero hasta yo era capaz de atisbar, incluso en aquellos momentos, que mi padre no sólo era un genio, sino un gran hombre a su singular manera, pese a los tormentos que padecía y de los que en parte era responsable y sus gigantescos pecados.

Sabía que era una persona dulce, generosa, honrada y leal, y le admiraba y quería. Pero siendo el instinto de supervivencia el más fuerte de nuestros instintos, sobre todo cuando se es joven, comprendí que sólo había una manera de sobrevivir a su tragedia, y era ignorarla. Al volver la vista atrás, me pregunto por qué no pude ser una hija menos exasperante, más reflexiva, más perseverante y considerada. No soporto pensar que le compliqué aún más las cosas. Quizá por eso he tardado tanto tiempo en escribir sobre él de una manera personal.

Bastante tenía con sobrevivir y cualquier cosa que no pudiera omitir en materia de conducta censurable, como un tintero que pasó volando junto a mi oreja, me lo guardaba enseguida en el desván emocional.

Después del espeluznante thé dansant, por ejemplo, cuyos preparativos se mencionan en estas cartas, acompañé a mi amiga Peaches Finney a su casa, ambas en un estado casi histérico. Sus padres, que eran de las personas más cariñosas y consideradas que he conocido en toda mi vida, nos dieron huevos y consuelo.

Dos horas más tarde, bien vestidas y acicaladas, nos depositaron ante la puerta de la siguiente fiesta de Navidad. De hecho, Meredith Boyce, que era entonces el mejor bailarín de dieciséis años de todo Baltimore, incluso dejó de bailar el tiempo suficiente para pedirme que me sentara a su lado.

—¿Cómo es posible que estés tan alegre? —preguntó. Éramos muy buenos amigos, incluso me recreaba pensando que lo nuestro era un amor adolescente—. Después de lo que ha pasado esta tarde...

—Esta tarde no ha pasado nada —dije.

—¿Te haces la valiente? ¿Ríes por no llorar?

—¡Qué va! Eso no ha pasado nunca y ya está.

Mucho después me contó que le había impresionado mi indiferencia aquella noche. Le pregunté por qué.

—Porque los niños deberían preocuparse más por sus padres —dijo—. Estaba tan borracho, en un estado tan lamentable, y te comportaste como si no estuviera allí.

—No tuve otro remedio, Meredith —dije—. ¿No entiendes que si me hubiera preocupado por él no lo habría podido soportar?

Aquello no le convenció —lo más seguro es que siga sin convencerle—, y en cierto modo tenía razón. El problema de la estrategia del avestruz es que si la utilizas demasiado tiempo, al final se convierte en un hábito. Hay tiras cómicas sobre la típica discusión de pareja en que ninguno de los dos oye lo que el otro le dice hasta que uno grita «¡Fuego!». Me hice inmune a mi padre: cada vez que me regañaba a gritos, simplemente no le oía.

Así que estas cartas espléndidas, estas perlas indiscutibles de sabiduría y estilo literario, cuando llegaban a Vassar, me limitaba a examinarlas en busca de cheques y nuevas y luego las metía en el cajón inferior derecho. Ahora estoy orgullosa de haberlas conservado. Sabía que eran magníficas, y si las conservé no fue, desde luego, por codicia, porque papá era entonces un oscuro escritor sin blanca y nadie podía imaginarse que El gran Gatsby se traduciría a veintisiete lenguas. Las guardé de la misma manera que uno guarda Guerra y paz para leerla en otro momento o Florencia para visitarla algún día.

Pero en esa época no me apetecía que me dijeran lo que tenía que leer, a qué asignaturas tenía que matricularme, si merecía o no la pena aspirar a la dirección del periódico de la universidad, con qué chicas tenía que compartir habitación, qué partidos de fútbol no podía perderme, qué opinión debía merecerme la Guerra Civil española, si tenía que beber o no, si me «echaría a perder» o no (y si mi padre hubiera tenido ahora una hija en Vassar, qué prosa más gloriosa habría escrito a propósito de esta cuestión), que no compusiera la música para nuestros espectáculos del campus, que no me pusiera una mecha rubia en el pelo, que no fuera a una puesta de largo en Nueva York, si merecía la pena ver qué tal se me daba el

trabajo social, y tantas otras cosas que, al final, cumplidos los dieciocho, casi esperaba que me sermoneara también sobre la mejor hora para darse un baño.

Lo que más me censuró fue un fin de semana que en realidad no lo fue. Andrew Turnbull me preguntó más tarde qué había hecho en realidad durante esos días; creo que fui en secreto a Scarsdale a visitar a Harold Ober y su esposa, mis padres de acogida. Cuando regresé al campus el domingo por la noche, me esperaban por lo menos veinte telegramas de California.

Lo que más le agradó fue que me matriculara en la escuela de verano de Harvard, el año que se murió. La verdad es que sonaba a actividad intelectual y me alegra haberle dado esa satisfacción. Pero en los cuarenta y pico años que llevo en este mundo, no creo que haya hecho cosa más absoluta y ridículamente frívola. Conocí a un grupito de gente encantadora, expulsos de Harvard por una u otra razón, y me lo pasé tan bien que no hice ni un solo examen. Nunca antes, ni nunca después, tuve la ocasión de pasar tanto tiempo y perderlo en clubes nocturnos como aquel verano en Cambridge. Les aliviará saber que papá nunca conoció la verdadera magnitud de lo que sin duda habría juzgado una demostración de indolencia, así como el perverso aprendizaje para una vida consagrada al pecado.

Malcolm Cowley dijo una vez en una entrevista en The New York Times que «Fitzgerald no escribía estas cartas a su hija en Vassar, sino a sí mismo en Princeton». Dio en el clavo, la verdad. Era un hijo imaginaria, tan ficticia como cualquiera de sus heroínas. Me hizo sonar mucho más popular y glamurosa de lo que era. En realidad, sólo era borrosamente guapa y sólo me sacaban a bailar mis amigos, que nunca me faltaron. Pero estaba tan empeñado en pintarme de ese modo que en las cartas sueno como si fuera la reina del glamur de mi generación: Brenda Frazier. También hizo que sonara más depravada y hambrienta de placeres de lo que jamás habría podido ser. Es verdad que prefería los chicos, Fred Astaire y pasarlo bien a hincar los codos y trabajar. Aún prefiero a los chicos, Fred Astaire y pasarlo bien a hincar los codos. ¿No le ocurre lo mismo a casi todo el mundo?

Todo esto tiene su moraleja, que me dispongo a desembuchar ahora mismo.

*A los universitarios* (mis dos hijas incluidas):

No ignoréis un buen consejo, a menos que proceda de vuestros padres. Los padres de los demás bien podrían estar en lo cierto.

*A los padres* (pobrecillas criaturas en apuros):

No echéis perlas a los puercos, a menos que estéis seguros de que la puerca o puerco en cuestión las guardará en el cajón inferior derecho.

Escuchen ahora atentamente a mi padre. Porque da buenos consejos y estoy segura de que, si no hubiera sido mi padre, a quien amé tanto como «odié», ahora sería la mujer más cultivada, atractiva, exitosa e inmaculada sobre la faz de la Tierra.

**Scottie Lanahan**

Me gusta  24  Tweet  31

4

**Compartir:**

Tags: [Francis Scott Fitzgerald](#)

This entry was posted on Friday, February 21st, 2014 at 9:00 am and is filed under [El libro en la pizarra](#). You can follow any responses to this entry through the [RSS 2.0](#) feed. You can [leave a response](#), or [trackback](#) from your own site.

**Leave a Reply**

Name (required)

Mail (will not be published) (required)

Website